

05.

El viaje como “experiencia de otra nación” y los relatos de viaje como su fuente

Travel as an “experience of another nation” and travel narratives as its source

Leonor García Millé
Facultad de Filosofía y Letras
UNAM

recepción: 26 de julio de 2024
aceptación: 08 de noviembre de 2024



Resumen

Este trabajo teórico metodológico de carácter exploratorio tiene por objetivo sondear dos preguntas: ¿de qué manera el viaje al extranjero permite “la experiencia de otra nación”? Y ¿cómo los relatos de viaje pueden funcionar como una fuente para rastrear esta experiencia? En la primera parte se expone el concepto de “experiencia” y su traslado a los estudios sobre nación y nacionalismo. En la segunda, se plantea la hipótesis de que los individuos experimentan otras naciones cuando viajan a un país extranjero, a esto se le puede denominar “experiencia de otra nación” y se propone que una fuente idónea para rastrear tal experiencia la constituyen los relatos de viaje. Por último, se ofrecen ejemplos de tópicos o lugares comunes que suelen encontrarse en las narrativas de viaje en los que puede rastrearse esta categoría. En esta parte se utilizan extractos de una variedad (en términos geográficos y temporales) de relatos de viaje. La categoría “experiencia de otra nación” permite avizorar la manera en que un individuo de cierta nacionalidad, clase social y género concibe el mundo en un momento determinado.

Palabras clave: *experiencia, experiencia de otra nación, relatos de viaje, experiencia de nación, literatura de viajes*

Abstract

This methodological and theoretical paper aims to explore two questions: in what ways does travel abroad enable “the experience of another nation”? And: how can travel narratives serve as a source for tracing this experience? The first part presents the concept of “experience” and its transfer and applications to studies of nation and nationalism. In the second part, it is proposed that individuals experience other nations when they travel to a foreign country, this phenomenon can be designated as “experience of another nation”, and travel narratives serve as a suitable primary source for tracing this experience. Finally, examples are given of commonplaces commonly found in travel narratives in which this category can be traced. This part uses excerpts from a variety of travel narratives. The category “experience of another nation” facilitates our understanding of how an individual of a certain nationality, social class, and gender conceives the world at a given moment.

Keywords: *experience, experience of another nation, travel writing, lived nation, travel literature*

La historia de las experiencias no busca capturar lo que vivieron seres humanos en el pasado en lo exclusivamente individual, sino *cómo lo vivieron*: la manera históricamente particular en la que experimentaron eventos. Y es que, como bien lo estableció Joan W. Scott, una experiencia es de modo inevitable una interpretación: entrecruzada por emociones, ideas, sensaciones que a pesar de su halo singular están inscritas en guiones culturales e históricos y por ende colectivos (1991). Entre los temas que los historiadores de las experiencias han atendido en tiempos recientes está la manera en que los ciudadanos de una nación la experimentan cotidianamente, algo que se ha denominado “experiencia de nación” o “*lived nation*”. Se trata de un fenómeno bastante más desordenado y complicado que el nacionalismo como discurso o ideología, pues involucra la vida diaria de las personas.

Estas páginas toman como punto de partida la categoría de “experiencia de la —propia— nación” para proponer “la experiencia de otra nación”, fenómeno que sucedería cuando las personas se encuentran en un país diferente al suyo. Se trata de un ejercicio teórico metodológico que es más una exploración e invitación que un producto acabado, y las preguntas que plantea son: ¿de qué manera los viajes al extranjero permiten “la experiencia de otra nación”? Y ¿cómo los relatos de viaje podrían funcionar como una fuente para rastrear esta experiencia? El recorrido que se sigue para responder a estas interrogantes es el siguiente: en la primera parte del artículo se expone el concepto de “experiencia” y su aplicación en los estudios sobre nación y nacionalismo. En la segunda, se enuncia la hipótesis de que los individuos *experimentan* otras naciones cuando viajan a un país extranjero, se propone que a esto se le puede denominar “experiencia de otra nación” y que una fuente idónea para rastrear tal experiencia la constituyen los relatos de viaje. Bajo el ánimo exploratorio que guía mi texto, las dos partes se unen por medio de una bisagra: ejemplos de tópicos o *lugares comunes* que suelen encontrarse en las narrativas de viaje en los que puede rastrearse esta categoría. En esta parte se utilizan extractos de una variedad (en términos geográficos y temporales) de relatos de viaje.

De conceptos y otros menesteres

En los años sesenta el historiador E. P. Thomson utilizó como herramienta el concepto de experiencia para dar forma y sentido a la existencia de una conciencia de clase (1989),¹ y aunque su obra tuvo gran resonancia en la disciplina histórica, el concepto no fue recogido ni utilizado mayormente. Casi treinta años después, en 1991, el artículo “The Evidence of Experience” de Joan W. Scott puso de nuevo sobre la mesa esta categoría, pero la historiadora estadounidense le dotó de un sentido que rompía con la visión tradicional (1991). En ese texto Scott se oponía a la concepción esencialista de la experiencia para afirmar: “*Experience is at once always already an interpretation and something that needs to be interpreted*” (1991: 797). En otras palabras: “*Experience is, in this approach, not the origin of our explanation, but that which we want to explain*” (797). Se trataba pues, de un llamado a abandonar la lectura inocente y simplista de las experiencias para analizar los esquemas en los que están construidas.

El siglo XXI ha traído consigo nuevas invitaciones a utilizar el concepto, así Frank Ankersmit propone: “la experiencia nos pone en contacto con el mundo; la conciencia nos ofrece las representaciones del mundo, tal y como éste se nos muestra en la experiencia; y estas representaciones se dejan, finalmente, expresar con el lenguaje” (2010: 23). Por su parte, Ewa Domanska habla de la importancia de que la historia estudie “cómo la gente común y corriente experimentó el mundo en el pasado y cómo esa experiencia es diferente a la nuestra” (2009: 181).

Si nos trasladamos a los estudios académicos sobre el nacionalismo y las naciones,² Maarten Van Genderachter señala que tradicional-

¹ En sus palabras: “la clase cobra existencia cuando algunos hombres, de resultados de sus experiencias comunes (heredadas o compartidas), sienten y articulan la identidad de sus intereses a la vez comunes a ellos mismos y frente a otros hombres cuyos intereses son distintos La experiencia de clase está ampliamente determinada por las relaciones de producción en las que los hombres nacen, o en las que entran de manera involuntaria.” (Thompson, 1989: XIV).

² En este texto coincidimos con el acercamiento de José Carlos Chiaramonte, en el sentido de que con el término de nación “no nos estamos refiriendo a una realidad histórica [...], sino a un concepto que pudo ser aplicado a distintas realidades según el sentido que le asignaban los protagonistas de esas historias”, es decir, “un símbolo con múltiples significados compartidos por diferentes grupos” (2004).

mente estas investigaciones se han concentrado en las élites, los discursos gubernamentales y el adoctrinamiento, dejando de lado a la gente común (2012: 120-136). Sin embargo, considera que desde los años 2000 despuntan perspectivas que se concentran en las nacionalidades “desde abajo”. La vuelta de tuerca vino en realidad de un psicólogo social años antes del cambio de siglo: Michael Billig. En efecto, en 1995 Billig acuñó el término “*banal nationalism*” para aludir a los sentimientos e identidades nacionales que las personas viven y experimentan de manera cotidiana (en esto reside su *banalidad*, no en una idea de *trivialidad*) (1995). Su premisa era que los individuos, al vivir dentro de las estructuras establecidas por los estados nación, consumían —experimentaban— diariamente el nacionalismo.

Tanto el concepto de Billig como su preocupación por incluir en la mirada la manera en que los individuos viven el nacionalismo día a día han abierto la puerta a nuevos estudios, nuevas perspectivas. Siguiendo esta línea los geógrafos Tim Edensor y Shanti Sumartojo afirman:

Nationhood is emergent in everyday life, is reproduced continuously and intimately entangled with the sensations, routines, material environments, public encounters, everyday competencies, memories, aspirations, and a range of other affective and embodied qualities that comprise how we understand and inhabit our worlds (2018: 553).

Estos autores hablan del espacio nacional cotidiano (“*everyday national space*”) y de cómo las prácticas y sensaciones mencionadas reproducen un sentido de pertenencia nacional (557). Desde su punto de vista, se trata de un proceso usualmente irreflexivo, lo cual es importante para la propuesta que haré más adelante. Edensor y Sumartojo son tan solo un ejemplo de una lista de autores que hablan del nacionalismo banal ya sea adoptando el concepto, comentando la necesidad de utilizar alguno que se considera más exacto —como nacionalismo cotidiano—, o debatiendo al respecto.³

³ Por ejemplo: Marco Antonsich y Michael Skey, *Everyday Nationalism. Theorising Culture, Identity and Belonging after Banal Nationalism* (2017); y Peter Merriman y Rhys Jones, “Nations, Materialities and Affects”, *Progress in Human Geography* (2017).

Dos son las aportaciones específicas que quisiera retomar. En primer lugar, la de Ferran Archilés quien resalta la importancia de estudiar “la manera como los distintos grupos sociales viven y experimentan la identidad nacional, y no sólo la sufren de manera pasiva” (2013: 94); pues insiste en que no son meros “recipientes vacíos” que sólo reciben el contenido que produce el estado (97).⁴ En este sentido, el historiador español considera que es necesario incorporar la noción de experiencia, así como el carácter narrativo de la nación: “La nación es una identidad narrativa fluida, cambiante, codificada en relatos sobre quien se es o se quiere ser” (99). Además, “la de la nación es una experiencia”, es la manera en que los individuos experimentan una nación. Al igual que Edensor y Sumartojo, Archilés señala que se trata de una dimensión no consciente y menciona que se experimenta en las rutinas de la vida cotidiana, en espacios como teatros y tabernas, en las calles y en sus nombres, con la presencia de monumentos y símbolos, con objetos e incluso en el propio hogar (105-110).

En segundo lugar, tenemos el Centro de Excelencia en la Historia de las Experiencias de la Universidad de Tampere, Finlandia, que busca incorporar la experiencia a la disciplina histórica y plantear los aspectos metodológicos que sean necesarios para ello (Eiranen *et al*, 2022). En 2021 Ville Kivimäki, Sami Suodenjoki y Tanja Vahtikari sacaron a la luz *Lived Nation as the History of Experiences and Emotions in Finland (1800-2000)* en donde analizan y examinan Finlandia a través de la historia de las experiencias y la historia de las emociones (2021). En este interés por rastrear lo cotidiano, consideran que en la nación se confunde lo personal, lo social y lo colectivo e introducen el concepto “*lived nation*”. De acuerdo con su concepción este término consistiría en “historias enredadas de experiencias y emociones”:

‘The nation’ and ‘the national’ as things that actually happen in people’s individual and social lives. We see experiences and emotions as a mediating sphere where the different impulses (personal, social, cultural, and political) mold

⁴ Las identidades nacionales tienen, al igual que las naciones, una naturaleza discursiva como nos señalan Wodack et al: “se producen y reproducen, así como se transforman y desmantelan de manera discursiva”, implican aspectos tales como convenciones de comportamientos y actitudes, y parten de la noción de una supuesta unicidad y homogeneidad (2009: 3-4).

into meanings, concepts, actions, and practices. This sphere is also dynamic and contested, marked by conflicting interests and the exercise of power (6).

Habría que destacar que ambas aproximaciones **no se están refiriendo al nacionalismo**, es decir, no hablan de experimentar el *nacionalismo*, sino la *nación misma*, lo cual presupone horizontes más amplios.

La pregunta que estas ideas despiertan es ¿cuál podría ser la fuente? ¿Cómo se podría acceder a la miríada de experiencias que personas comunes tienen de sus naciones? Raúl Moreno Almendral apunta a una fuente en específico: los relatos personales, fundamentalmente diarios y autobiografías (2018). Considera, y coincido con él, que si las naciones son “un fenómeno social de naturaleza discursiva y marco político, sus verdaderos agentes son los individuos” (648). En este sentido, bajo lo que llama “*a personal approach to nationhood*” (649-650), las narraciones personales permiten explorar de manera más inclusiva la experiencia concreta.

En suma, al finalizar este apartado contamos con un concepto (experiencia de nación) y con una fuente (relatos personales).

La “experiencia de otra nación” y los relatos de viaje

De acuerdo con la noción de “experiencia de nación” y “*lived nation*” las personas *viven* de manera cotidiana su nación a través de una maraña de emociones y experiencias. Ahora, este texto tiene por objetivo proponer que cuando los individuos viajan a otro país también *experimentan* el país que visitan, lo que podríamos denominar como “experiencia de otra nación”.⁵ Mientras que el primer caso se trata de un fenómeno predominantemente irreflexivo o inconsciente (como señalan Edensor/Sumartojo y Archilés), porque prácticamente sucede sin que los individuos se den cuenta de ello, en el segun-

⁵ Anteriormente propuse la noción de “lugares de la experiencia” como “aquellas locaciones establecidas por los autores en sus relatos de viaje como espacios esenciales para experimentar lo que es viajar y estar” en un lugar determinado (García, 2017: 158).

do caso considero que se trataría de un fenómeno consciente y asumido, incluso perseguido. La razón de ello reside en que los viajes implican una actitud atenta a la experiencia, los turistas se encuentran en una situación extraordinaria —fuera de su lugar de origen y desterrados de sus rutinas diarias— y por lo tanto se aprestan a observar, sentir, percibir, e incluso consumir lo que les rodea con una actitud que no usan en su lugar de origen: hay una determinación por *experimentar* la otredad.

Y es que el desplazamiento geográfico —y cultural— genera lo que John Urry ha denominado “the tourist gaze”, que usualmente se traduce como la mirada del turista y que sería una manera específica de observar qué se practica cuando se está en un destino de viaje (2002: 2).⁶ Aunque se trata de una mirada que son muchas, pues cambia según las épocas, las nacionalidades y los grupos sociales; siempre está marcada por la búsqueda y por la identificación de la diferencia. Diversos autores coinciden en este punto, por ejemplo: Dean MacCannell afirma que el turista va en busca de la autenticidad (1999: 7) (aunque podríamos apuntar que esta es inaprehensible) y Jennifer Craig considera que quien sale de su lugar de origen intenta expresamente identificar lo particular y lo diferente (2000: 114). De modo que los turistas conforman, en palabras de Jonathan Culler, un ejército anónimo de semiólogos que están interesados en todo como un signo de sí mismo, que van a la caza de signos de “lo francés”, de “los típicos comportamientos italianos” y de escenas “ejemplarmente orientales” (1991: 127). Visitar el extranjero —ya una expresión extraña en sí misma— implica acechar lo típico, lo auténtico, lo único, lo particular, es decir, *lo diferente*.

Habría que agregar que la distancia, el aislamiento y la “experiencia de otra nación” también traen consigo de modo inevitable la reflexión sobre la propia nación y la identidad nacional, pues la comparación es un proceso natural e inevitable para quien se

⁶ En estas páginas utilizaremos de manera indistinta las nociones de viajero y turista pues, como explica bien James Buzard, la idea de que el viajero tiene una experiencia más profunda y significativa que el turista apareció en el siglo XIX, cuando los protagonistas aristocráticos del Grand Tour comenzaron a percibir con desagrado cómo la democratización y masificación de los viajes amenazaba una práctica que antes les era exclusiva (1993). En este sentido, simplemente existen diferentes estilos de viajar y todos pueden estudiarse como expresiones culturales válidas.

encuentra en un lugar extraño. La diferencia se identifica a partir de lo que se considera propio, pues el viaje también provoca que algunos aspectos previamente no reflexivos se vuelvan o se reconozcan como identitarios, se asuman como particulares. En ese sentido se estaría hablando de cómo la identidad nacional se visibiliza, experimenta, analiza y solidifica cuando entra en diálogo con otro grupo nacional.

En resumidas cuentas, considero que cuando las personas están en un país diferente al suyo —cuando caminan por una callejuela o ven un paisaje por la ventanilla, cuando contemplan un monumento en una plaza o una obra artística en un museo, cuando comen un platillo u observan el comportamiento de la gente— se encuentran experimentando esa nación. Es decir, están realizando una interpretación por la cual relacionan esa vivencia con lo que consideran son las características de la nación que visitan. En esta experiencia caben ideas y reflexiones, pero también, y de manera fundamental, emociones y sensaciones.

En este punto valdría la pena detenernos para mencionar a la imagología, la teoría que analiza los estereotipos culturales o nacionales en las representaciones literarias, es decir, cómo un grupo representa otros caracteres nacionales. (Leersen, 2007: 26-27). No podría negarse que existen preocupaciones y caminos compartidos, pero a final de cuentas este estudio no se refiere a cómo se categorizan los caracteres nacionales del país que el viajero visita, sino a cómo él mismo experimenta o vive estar en esa nación.

Retomando el hilo, en la experiencia de la que hablamos sin duda está implicada la industria turística local que prepara y define el escenario, escribe el guion y marca las paradas imprescindibles de aquello que se quiere representar como propio. Tras ello hay una especie de imperativo: “deténgase aquí y, ahora, admire”. Sin embargo —un sin embargo sumamente importante—, quisiera destacar que el turista no es un ente pasivo y homogéneo que sigue al pie de la letra las directrices, pues las expectativas de un grupo nacional y social en determinado momento histórico juegan un papel en la interpretación que hacen de lo que significa estar en ese país. Hay

una preparación cultural que permite re-conocer lo que es Francia cuando coincide con la idea que se ha formado de Francia en la lejanía, y en este sentido tiene más que ver con el viajero que con el destino. Por ejemplo, Nicole Neatby afirma que, en los relatos de viaje de turistas estadounidenses e ingleses en Quebec, sus respectivas identidades nacionales moldean las preconcepciones que tienen de la provincia canadiense *antes* de viajar, así como sus reacciones cuando arriban a ella (2018).

La fuente idónea para rastrear la categoría que propongo está compuesta por un tipo particular de narraciones del yo: los relatos de viaje. Esto no resulta sorprendente si contemplamos la definición de Tatiana Escobar de este género: “se trata de una narración en primera persona legitimada por la experiencia vivida” (2002: 37). Son textos cuyo objetivo no es describir o estudiar el país que se visita, sino narrar *la experiencia del autor en ese lugar*. Se trata de narraciones autobiográficas que se asientan en un yo testimonial y por ello se apegan al pacto autobiográfico definido por Philippe Lejeune (1994). Además, como dice Dennis Porter, los escritores de viajes realizan una especie de cartografía cultural con la cual asignan identidades fijas a las regiones y a las razas que las habitan, lo que conlleva de manera inevitable situarse de frente al otro o a los otros (1991: 20). Siguiendo el hilo de Scott, Sidonie Smith y Julia Watson definen: “*In autobiographical acts, narrators become readers of their experiential histories, bringing discursive schema that are culturally available to them to bear on what has happened*” (2010: 27). Los sujetos/narradores/viajeros, entonces, se convierten en lectores de las historias que cuentan y utilizan esquemas discursivos que tienen históricamente disponibles para poder a su vez ser leídos/entendidos.

Resulta de particular importancia señalar que el público al que está destinado el relato de viaje está compuesto por lectores de la propia nación, por lo que estamos ante un doble esfuerzo: poner lo ajeno en las palabras de una lengua compartida y ponerse en el lugar del otro en el extranjero, hablar en su nombre (Porter, 1991: 15). Este doble esfuerzo hace que el autor del relato juegue dos papeles distintos: realizar una representación del lugar para su comunidad y ser representante de su comunidad en ese lugar. Aún más, Steve Clark

afirma que el hecho de que lo contenido en el papel no pueda ser verificado o corroborado por el lector, obliga a hacer uso de “estratagemas de corroboración sensorial” así como de una serie de recursos testimoniales (1999: 1), algo que justamente convierte estos relatos en una fuente especialmente rica para rastrear la “experiencia de otra nación”; lo visto, lo escuchado, lo sentido ocupan un papel central. En conclusión, Otmar Ette nos dice: “La función del yo narrador consiste, por regla general, en transmitir informaciones poniéndolas siempre en relación con lo que ya se conoce (o con lo que se cree que conoce el lector al que va dirigido el relato)” (2001: 35). Es por eso que, por más que se encuentre lejos de casa, la identidad nacional del viajero siempre está palpitando en estas páginas.

Algunos tópicos o *lugares comunes*

Tras haber propuesto la categoría “experiencia de otra nación” y después de haber señalado que los relatos de viaje constituirían una fuente ideal para rastrear este fenómeno, en las siguientes páginas doy muestras de ello identificando algunos tópicos, que serían aquellos *lugares comunes* en los textos de viaje en los que se manifiesta la experiencia en un país extranjero. Sin importar el origen, el país o el periodo, estos tópicos del relato suelen repetirse y son ricos para el análisis. Para ilustrarlos utilizo extractos de relatos de viaje que en términos temporales van desde inicios del siglo XIX hasta inicios del XXI, y en términos espaciales se refieren a una gran variedad de destinos geográficos y que fueron escritos tanto por hombres como por mujeres. Se trata entonces de un mosaico o panorama de testimonios que muestran pistas de dónde puede rastrearse la experiencia y no de un estudio acabado de un cuerpo de narrativas dentro un marco cronológico específico (que sin duda requeriría de una contextualización histórica y de mucho mayor profundización).

En las siguientes páginas mencionaremos las expectativas y concepciones del traslado, el primer contacto, el cruce de fronteras, la experiencia urbana, el paisaje y el clima, las anécdotas de la diferencia, la mirada masculina y, por último, la comparación con la propia nación.

De expectativas, motivaciones y concepciones del traslado

Todo viaje comienza antes siquiera de dejar el lugar de origen, pues sin haber cruzado frontera alguna ya se cuenta con un bagaje de referencias, de imágenes, de información e incluso de prejuicios, que son elementos con los que se conforma un conjunto de expectativas de lo que se espera encontrar (e incluso sentir) en el país visitado. El hecho de que sea común que los autores comiencen sus relatos con una exposición de aquello que la nación o la región representaba para ellos *antes* de conocerla, nos lleva a considerar que la experiencia del viaje empieza antes del viaje mismo.

El novelista norteamericano Paul Theroux (n.1941) explica que Argentina había sido de su interés desde niño debido a que su bisabuelo había partido en 1901 desde Italia para emigrar a una idealizada Argentina, pero que debido a la fiebre amarilla había terminado por desembarcar en un Nueva York al que nunca había querido arribar (1992: 14). A esto se había sumado la aspiración de acceder, en los sobrepoblados años setenta del siglo XX, a un lugar del que no tenía ninguna imagen previa y la misteriosa y desconocida Patagonia cumplía ese requisito (15); se trataba de la expectativa de visitar un lugar “sin expectativas visuales”.⁷ Por su parte, la pintora norteamericana Ione Robinson (1910-1989) se encontraba de viaje en la Italia de Mussolini en 1929 cuando se entera de que en México los artistas “están pintando muros” y decide entonces dejar un país plagado de representaciones del rostro de un dictador, y donde consideraba que el arte se había quedado detenido, por una nación en la que el arte estaba vivo y desplegándose en lugares públicos (1946: 69). Asomarnos a las expectativas y motivaciones de los viajeros, un escritor en los años setenta o una artista en los años veinte, nos permite asomarnos a la preparación cultural que llevan consigo, a la construcción particular que un individuo ha armado de un país debido a factores culturales, sociales y geopolíticos, pero también personales.

⁷ En la misma obra en la que Theroux expresa esta motivación el viajero británico Bruce Chatwin explica que en su caso lo que lo movió a ir a Tierra del Fuego fue un pedazo de piel seca con pelaje rojo que su abuela guardaba en el gabinete de curiosidades y que supuestamente era de un brontosaurio de esas lejanas tierras (14). Curioso cómo los encantos infantiles pueden jugar un papel en las motivaciones de los viajes.

Tim Cresswell afirma que “El movimiento rara vez es sólo movimiento pues lleva consigo la carga del significado” (2006: 6). En este sentido el traslado del turista a su destino está siempre empapado de sentido, y los relatos de viaje constituyen fuentes que nos dan pistas sobre cómo los viajeros *corporizan* ideas geopolíticas, concepciones del mundo y de las naciones. Es decir, cómo una persona de cierta nacionalidad y clase social en un periodo histórico determinado experimenta el desplazamiento. Pongamos al mexicano Jesús Galindo y Villa (1867-1937) quien en el libro de su viaje a Europa en 1892 expone lo que para él implicaba cruzar el Atlántico: “abandonaba yo las costas de mi Patria, con rumbo al Viejo Continente, palpando la realización de un grato sueño sentido casi desde los dulces días de mi venturosa infancia” (1894: 7). El movimiento se vive como el acercamiento al lugar que se ha soñado desde una infancia hispanoamericana embebida de una educación eurocéntrica que situaba la capital intelectual del mundo en París. Se observa, además, que el encuentro aspirado es diametralmente opuesto al de Theroux, porque en este caso se busca explícitamente lo *que se sabe que está allí*: “bajo grandes emociones; fresca la memoria de ciudades y monumentos, que desde los bancos del Colegio había yo tantas veces estudiado” (8).

Pero la expectativa puede tener otra cara en la experiencia de otra nación: la decepción, pues la imagen previa que se lleva consigo corre el peligro de romperse en pedazos cuando se confronta con la realidad. Esto es lo que le sucede al político chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), quien al arribar a París a mediados del siglo XIX estaba empapado de las mismas aspiraciones que Galindo y Villa:

Yo me entregaba sin reserva a mis ilusiones al pisar los sitios en que desde tan lejos las había bebido, pero un sacudón violento debía pronto despertarme. [...] y vi calles y casas y gente y bodegones, y veredas enlodadas y ventanas cubiertas de polvo y tela arañas; [...] por pueril que fuera mi desencanto, tuve más de una vez la tentación de apearme del *fiacre* que me llevaba y preguntar al cochero si aquel era verdaderamente París ¡el París de mis ilusiones! (1936: 283).

Las expectativas y las motivaciones de un viaje funcionan como andamios o estructuras que se van a poblar con vivencias reales y por ello son tan reveladoras. La peregrinación a los *sitios sagrados* europeos de Galindo y Villa y Vicuña Mackenna, la huida del mundo moderno y la superación de la decepción migratoria del bisabuelo de Theroux y el deseo de encarnar a los artistas renacentistas y sus frescos en un país *nuevo* de Ione Robinson son pistas para rastrear la experiencia del viaje y de la otra nación.

El primer contacto

Cuando el barco se acerca a las costas o el tren arriba a la estación, cuando el avión aterriza en la pista o cuando se cruza un puesto fronterizo, las expectativas, los deseos —y también los prejuicios— se agolpan para ponerse a prueba en el primer contacto con el país visitado. Es un momento del viaje, pero —de manera muy importante para nosotros— también es un momento del texto. Este instante suele presentarse como una experiencia iniciática y cargada de sentido y *de los sentidos*: los ojos están especialmente abiertos a las primeras imágenes, los oídos atentos a los sonidos y hasta el olfato busca una huella olfativa particular. Es casi inevitable que se escriba sobre este encuentro en el que se mezcla la anticipación y la descripción de las primeras señales del lugar con las sensaciones y emociones que se despiertan. Podríamos concebir el primer contacto como el momento en que un telón apenas se está abriendo para revelar el escenario y por eso resulta un tópico en donde se puede analizar la experiencia de otra nación. Javier Reverte (1944-2020) describe Nueva York cuando su avión hace círculos sobre la ciudad antes de aterrizar:

Desde la altura, distingo una ciudad en donde los rascacielos pugnan entre ellos, como quien dice a codazos, para abrirse camino hacia el cielo. ¿Para ser el primero en besar a Dios? Es una urbe apretada, encogida sobre sí misma como una colmena, pero en su caso desdeñosa del orden, parece que quiere atrapar el espacio para hacerlo suyo. Y da la impresión de que está cerca de lograrlo. (2016: 17)

Si la mirada del turista es una manera particular de ver, que se activa cuando las personas están de viaje, las vistas son elementos esenciales de la experiencia de estar en otro lugar al ser panoramas amplios que rezuman signos para ser interpretados por el sujeto de la mirada. Efectivamente, con el uso del avión como medio de transporte este consumo visual se da desde el primer contacto, pero lo cierto es que ha sido común en los recorridos turísticos la inclusión de miradores, es decir “puestos para ver desde las alturas” el lugar que se visita, como la torre Eiffel, el *Empire State* o la torre de alguna catedral. En estos lugares se resuelve la aspiración de lanzar la mirada y apropiarse de una perspectiva dilatada que permita tener la idea general de aquello que se recorre con los pies. Cuando se trata del primer vistazo, el viajero busca identificar/reconocer los rasgos particulares, tal como lo hace el director de cine italiano Pier Paolo Pasolini (1922-1975) al llegar a la India a inicios de los años sesenta:

Nuestra llegada a Bombay desde lo alto: montecillos fangosos, rojizos, cadavéricos, entre pequeñas charcas verduzcas, y un infinito aluvión de chozas, almacenes, miserables barrios nuevos; parecían las vísceras de un animal descuartizado, esparcidas a lo largo del mar, y, sobre esas vísceras, centenares de miles de pequeñas piedras preciosas, verdes, amarillo pálido, blancas, que brillaban tiernamente [...]” (2006: 12-13).

En ambos casos se identifican símbolos: los imponentes rascacielos de Nueva York por un lado y las chozas miserables de Bombay por el otro; y en ambos casos las naciones visitadas se traducen y conceptualizan a través de imágenes retóricas: una ciudad colmena que busca alcanzar y apropiarse del espacio (clara alusión a la cultura norteamericana) y las vísceras de un animal descuartizado (brutal mención de la miseria india). Así, la descripción de una vista es también la caracterización de una nación.

Pero antes de la aviación, el primer contacto se ha dado a través del acercamiento y la inmersión progresiva, ya sea en un carruaje arrastrado por caballos, en un barco o en un ferrocarril. El español José Pla (1879-1956), por ejemplo, habla de su “contacto bautismal” con Londres en 1907, describiendo lo que va apareciendo ante sus ojos mientras su vapor se interna

en el puerto más importante de su época. Bajo su pluma se trata de una enumeración admirada de la gran cantidad de “vapores, pataches y pontones abarrotados de mercancías”, de “tinglados y almacenes negruzcos”, así como “leprosas fachadas de fábricas empenachadas de humo” y “los olores de la brea y el yodo con brisas de especierías tropicales” (2021: 53). El gran imperio naval y colonial británico es experimentado por un español a través de estructuras, edificaciones y transportes portuarios, de colores y de olores afines al poderío comercial.

Si bien es menos considerado en los textos, el sentido del oído también puede jugar un papel en la experiencia del primer contacto, como nos muestra la escritora inglesa Mary W. Shelley (1797-1851) cuando arriba a Calais en 1813 y expresa esa sensación de extrañeza que se refiere a súbitamente “sentir” que efectivamente se está lejos de casa: “Escuché por primera vez el confuso zumbido de voces que hablaban en un idioma diferente al que estaba acostumbrada” (2020: 15).

El cruce de las fronteras

Las fronteras son esas líneas trazadas con matemática exactitud en lo que naturalmente es un territorio continuo y resulta revelador que los viajeros esperan experimentar la diferencia cuando trasponen una frontera, asumen que al pasar de una nación a otra se encuentran, efectivamente, pasando de una realidad a otra y esto ha de manifestarse en lo que ven. En la época moderna los turistas se conciben a sí mismos o, mejor dicho, *se ven a sí mismos*, moviéndose por un mapa con divisiones políticas, no por una región natural o un ecosistema. El periodista norteamericano Carleton Beals, cuando llega a la frontera con México en 1918, se sorprende que el paisaje no cambie, que la aridez de Estados Unidos no se transforme en verde exuberancia en el momento en el que México “comienza” (1927: 71), y en la sorpresa de la continuidad del paisaje se puede advertir la presencia de la preconcepción de la nación latinoamericana como un lugar tropical, pero también como una nación elementalmente diferente a la suya (García Millé, 2023: 409). Si el periodista no

percibió cambio alguno, hay otras ocasiones en que un cruce de frontera claramente implica el arribo a un mundo distinto. Un ejemplo de ello lo tenemos en el relato de viaje del argentino Manuel Ugarte, escritor socialista que cruza la frontera con España proveniente de Francia a inicios del siglo XX:

[El viajero] experimentará un extraño malestar, una inquietud rara, al encontrarse transportado de un siglo a otro, como si por un inconcebible sortilegio se hubieran arremolinado las edades y volviéramos a vivir tiempos pasados.

¿Cómo describir las sensaciones que nos asaltan en la primera aldea, al vernos encajonados en un carruaje secular que nos arrastra al trote lento y acompasado de las mulas, rozando casi las puertas de las casas, por callejuelas lúgubres y angostas, hasta el portal oscuro de un parador primitivo donde una mujer nos dice: ‘¡A la paz de Dios!’? (s.f.: 13)

En este párrafo de primer contacto y cruce de fronteras podemos percibir que el viaje de Ugarte a España implica no solo un viaje en el espacio sino, y fundamentalmente, un viaje en el tiempo. Que al pasar de la Francia moderna a la España en crisis, el argentino *siente* que ha retrocedido al pasado por las señales anacrónicas que están allí para demostrarlo. Puede notarse también que esto no se vive como un retorno nostálgico, no se emula la posibilidad de “volver” a tiempos idos sino por el contrario, el estado “primitivo” se vive con desagrado. Es decir que en la experiencia española de este hispanoamericano a principios del siglo XX encontramos empoderamiento ante la “madre patria”, no sumisión. Como puede verse, el primer contacto y el cruce de fronteras (que también es parte del primer contacto) son tópicos ricos para el análisis.

Las experiencias urbanas

En 1877 la novelista y periodista inglesa Amelia Edwards se encuentra en Egipto y en su libro brinda a sus lectores instrucciones puntuales sobre lo que debe hacerse al llegar a El Cairo: “*one should begin in Cairo with a day in the native bazaars; neither buying, nor sketching, nor seeking information, but just taking in scene after scene, with its manifold combinations of light*

and shade, color, costume, and architectural detail” (1890: 3). La autora de varios libros de viaje insiste en la importancia de prestar atención a cada frente de tienda, cada esquina, así como observar a la gente del lugar: al grupo de hombres con turbante, a la mujer llenando su cántaro de agua, al mendigo que pide a los transeúntes en la calle... (3). En esta recomendación de una viajera del siglo XIX podemos encontrar la idea de que todo lo que puede advertirse en una ciudad, incluso lo más aparentemente inocuo, es un detalle que revela la esencia de la ciudad o la nación que el turista visita. En los textos de viaje los autores capturan aquello que detectan como particularidad, aquello que les permita transmitir lo que a sus ojos y los de sus lectores parecerá extraño o incluso sorprendente. Amelia Edwards, además, apunta a que hay que deleitarse en ello.

Sin duda, el mundo urbano por su riqueza de construcciones, de gente, de sonidos, de olores, es una fuente de estímulos de la vivencia. Por ejemplo, casi 100 años después, el periodista Robert D. Kaplan (n. 1952), quien al mencionar las imágenes que observa en Bucarest en 1981, nos da un panorama de una ciudad comunista a fines de la Guerra Fría desde el punto de vista estadounidense:

el silencio en las calles era devastador. [...] Circulaban pocos coches y todo el mundo vestía los mismos abrigos y gorros afelpados que hacían pensar en una condena al destierro en algún rincón de la estepa oriental. Las gentes, aferradas a sus bolsas de yute, esperaban para conseguir algo de pan duro. Observé sus rostros: nerviosos, avergonzados, toscos, calculadores, desgarradores, debatiéndose por controlar y superar la siguiente catástrofe. Aquellas desgarbadas figuras parecían no haber conocido jamás la luz del sol (2016: 37- 38)

Las experiencias urbanas hablan del yo del viajero y también de la nación que visitan. Eugenio Madueño (n. 1952) y Jarque Bru (n. 1955) pintan una escena nocturna en Xian, China, en la que hay “grandes ollas de agua hirviendo [que] imprimen un tono teatral y fantástico” y que “nos trasladan a un mundo de olores desconocidos donde, como en las sociedades pobres, la comida ocupa siempre un lugar principal.” (1997: 67) Por su parte la escri-

tora y ensayista mexicana Margo Glantz (n. 1930), en su libro de viaje a la India que lleva por revelador título *Coronada de moscas*, habla de una Delhi con calles llenas de gente, mucho tráfico y mendigos, y agrega una presencia: “el polvo, ese polvo sempiterno que lo asfixia todo” (2012: 14).

En la vivencia de las ciudades los turistas descubren en los mencionados detalles, aparentemente inocuos, claves reveladoras de la idiosincrasia de toda la sociedad, detalles que la *pintan de cuerpo entero* y que seguramente pasan inadvertidos para quienes habitan esos centros urbanos. Tal es el caso de la escritora mexicana Miriam Mabel Martínez (n. 1971) quien habla de la desmesurada cantidad de letreros con prohibiciones en el Nueva York de 2002: “Aquí es la tierra del NO. Esos anuncios y señalizaciones acusan la idiosincrasia gringa. No he parado de reír. Si en algún sitio lees: ‘Prohibido amarrar la bicicleta con el cable de la computadora’, es porque un chistoso ya lo hizo” (2005: 9). La autora habla con cierta sorna de una sociedad que se esfuerza por reglamentar todos los aspectos de la vida, y la necesidad para ella como extranjera de ser una “buen lectora” para no romper las reglas establecidas por los neoyorquinos (9); es decir que, al hablar de la extraña manera de ser del otro, se revela inevitablemente la propia. El intelectual alemán Hans Magnus Enzenberger (1929-2022) recuerda la extrañeza que sentía cuando comenzaba a recorrer el Moscú de 1966, pues sentía que echaba algo de menos, hasta que de golpe comprende que se trata de la ausencia de “los anuncios luminosos, de las enseñas comerciales y las marcas” (2014: 37). El intelectual germano se lamenta por la manera en que ha sido condicionado para añorar su presencia.

La nación en sus paisajes y su clima (y sus animales)

Lo natural también es nación. Las ciudades están levantadas por sociedades humanas, por lo que resulta lógico que un edificio francés nos hable de Francia; la naturaleza, sea un bosque o una selva, campos sembrados o amplias extensiones sin explotar, es interpretada y experimentada también como parte de la nación. En otras palabras, Francia también se siente cuando se contemplan sus campos.



El paisaje existe por que se observa: “*Landscape is an intensely visual idea. In most definitions of landscape, the viewer is outside of it*”, por tanto no vivimos en los paisajes, sino que solamente *los vemos* (Cresswell, 2004: 10). Esta premisa tiene mayor resonancia cuando se trata de viajeros que contemplan un paisaje, pues efectivamente no viven en el territorio que observan, son espectadores de paso. Lectores, corregiría John Urry, pues leer los paisajes es algo que se aprende y varía entre las sociedades y entre los grupos sociales dentro de cada sociedad (1995: 174). Resulta entendible que en estas topografías se lean características nacionales.

La manera en que se experimentan los paisajes en los viajes está marcada por los medios de transportes que se utilizan para acceder a un país y para recorrerlo (García Millé, 2017: 23-24). En los carruajes jalados por caballos los viajeros se encontraban inmersos en el paisaje; con la invención del ferrocarril la experiencia es más rápida, aséptica y distanciada, y las vistas están enmarcadas por ventanillas. Aquí los sonidos locales son ahogados por el ruido de la locomotora y el rítmico paso por los rieles. En la actualidad predominan los paisajes vistos “desde arriba”, a través de una ventanilla ovalada con varias capas de vidrio desde donde pueden verse pequeñas montañas verdes u ocre, cruzadas por serpenteadas carreteras. El poeta mexicano Amado Nervo (1870-1919) describe su percepción del paisaje inglés desde el asiento del ferrocarril:

Cuatro horas, durante las cuales se viaja por un inmenso parque. Inglaterra no es otra cosa: un parque frío y simétrico. A uno y otro lado de la vía, [...] alfombras de céspedes que solo se interrumpen para mostrarnos sotos pequeños, bosquecillos en miniatura, cobijando la gracia arcaica de alguna torre almenada, colinas suaves en que tiemblan algunas flores y canales límpidos por donde bogan botes microscópicos (1967a: 1379).

El poeta experimenta como frialdad un paisaje en el que la naturaleza no es *natural* (en términos de intocada), sino solo huella de la presencia humana. A los ojos del mexicano no hay en la potencia decimonónica un contraste entre lo rural y lo urbano, pues la modernidad se ha comido de un bocado lo agresivo y lo ha convertido en un “parque”. Otro viajero podría haber hablado con admiración de un territorio que es productivo, pero el poeta lo analiza a par-

tir de la sensación estética que produce. La experiencia está, además, cruzada por la mirada empoderada desde el asiento del tren, a través de la cual todo aparece como pequeño, incluso microscópico, casi de juguete. Los paisajes en muchas ocasiones también aparecen cargados, empapados podría decirse, de los hechos históricos que allí sucedieron, en particular, enfrentamientos bélicos o revoluciones sociales. Como ilustración de esto tenemos el texto de Mary W. Shelley quien menciona que los paisajes franceses “nos recordaban lo que casi habíamos olvidado, aquella Francia había sido el país en el que grandes y extraordinarios acontecimientos habían tenido lugar” (2020: 19), refiriéndose a la entonces reciente Revolución Francesa.

A la interpretación del paisaje puede sumarse la idea del clima, como podemos ver en un extracto del texto del diplomático argentino Miguel Cané (1851-1905) en 1880:

Pero el suelo de la Grecia está envuelto, como en un manto cariñoso, por una atmósfera templada y sana, que excita las fuerzas físicas y da actividad al cerebro. Sobre las costas que baña la bahía de Río de Janeiro, el sol cae a plomo en capas de fuego, el aire corre abrasado, los despojos de una vegetación sin reposo, y la savia de la vida se empobrece en el organismo animal (1996: 27-28).

El clima es una construcción social que se ha utilizado como un medio para explicar la diversidad humana, específicamente para explicar el progreso en la historia (Boia, 2005: 11). La idea de que el “carácter de las razas” o de los pueblos ha sido moldeado o determinado por el clima tiene larga data y la vemos en acción en el párrafo del intelectual argentino. En la dicotomía que propone, dos climas producen dos naturalezas/vegetaciones diferentes y, en resumidas cuentas, dos tipos de seres humanos/sociedades. El paisaje, lo natural, se utiliza como pista y explicación del desarrollo de la nación que allí habita.

La identificación de la naturaleza con la nación llega a curiosos extremos, como lo demuestra la siguiente frase del pintor norteamericano Everett Gee Jackson (1900-1995): “Nunca he visto fuera de México un burro, ni siquiera un perro, que pareciera mexicano” (1987: 15).

La gente de una nación: anécdotas de la diferencia

Los estereotipos sobre los habitantes de un país abundan e incluso llegan a ser utilizados como parte de la publicidad que una industria turística hace de “su gente”, mas los viajeros tienen la oportunidad de experimentar y conocer de primera mano a un pueblo y su cultura (desde la suya, indudablemente). Una manera en que sus observaciones toman cuerpo son las anécdotas, que funcionan como artefactos textuales en los que se cristaliza el contacto entre dos nacionalidades distintas y que sirven como fotos instantáneas de un momento que se considera sumamente revelador por lo extraño o particular desde el punto de vista del viajero/autor. Un intercambio o un comportamiento considerado “normal”, no llega a las páginas de un libro de viaje.

En su texto sobre el viaje a Mallorca en 1838, la novelista francesa George Sand (1804-1876) afirma que los españoles lo ofrecen todo: “La casa y todo lo que contiene está a vuestra disposición. No podéis mirar un cuadro, tocar una tela, levantar una silla sin que se os diga con mucha cortesía: Está a la disposición de V.” (2024: 48). Pero al momento previene al lector francés de tomar literalmente tales gestos, pues explica que, “aunque fuere un alfiler”, es considerado una grosera indiscreción aceptar, como ella descubrió al creer en Palma la amable insistencia de un marqués de que tomara prestado un carruaje (48). Como se ve, las anécdotas retratan en unas cuantas líneas la experiencia de la diferencia.

Enzenberger nos ofrece otro ejemplo en una anécdota de su visita a la central hidroeléctrica de Bratsk en la Rusia soviética de los años sesenta. Cuenta que a la entrada de la sala de máquinas ve a un trabajador sentado sin hacer nada, solamente “adormecido y ausente” (2014:61). Cuando dos horas después sale y lo encuentra en el mismo lugar le pide a su acompañante que le explique la escena:

—Ah, ése. Ya lleva así varios meses.

—¿Está enfermo?

—No. Pero desde que su mujer lo echó de casa sufre de penas de amor. Hemos intentado darle consuelo, pero es mejor dejarlo en paz. (61)

En este caso el viajero no solamente alude a la diferencia, sino también a la extrañeza por algo que le parece inconsistente: “Crudo cumplimiento de las normas y bondadosa tolerancia; es difícil comprender cómo ambas cosas ligan” (61).

Las mujeres de una nación: la mirada masculina

La mirada de turista está íntimamente relacionada con la mirada masculina, que desde una posición empoderada contempla a las mujeres, las objetiva y las disecciona, volviendo sus cuerpos, sus movimientos y su “disposición” parte de los aspectos propios de una nación. Siguiendo el hilo de lo visual, esta postura está también presente en aquello que Mary Louise Pratt denominó los ojos imperiales y que es la visión eurocéntrica que comenzó a transmitirse desde la literatura de viajes del siglo XVIII, estableciendo a Occidente como centro del significado del resto del mundo (2010). Las palabras del viajero francés Max Radiguet que se encuentra en Valparaíso en 1847 sirven como muestra tanto de la mirada masculina como de la mirada imperial:

La regularidad y dulzura de la fisonomía son cosas comunes entre las chilenas, pero la elegancia en el andar, la gracia del movimiento, la delicadeza de las formas, nos parecen el privilegio de una minoría muy reducida hoy día, minoría a la cual una sangre libre de toda mezcla conserva sin duda su perfección original: nos referimos a la raza de los conquistadores, de las hijas de la vieja España (*apud* Gallegos, 2021: 15-16)

Es la superioridad del autor como hombre, como europeo y como *blanco* lo que le permite al viajero francés categorizar a las mujeres chilenas, pero no nos equivoquemos, pues la mirada masculina no es ejercida solamente por sujetos occidentales en tierras consideradas menos desarrolladas, como puede comprobarse en los textos de dos argentinos que visitan Europa en la década de 1880. Eduardo Wilde (1844-1913) comenta que en Barcelona casi todas las mujeres tienen “una cintura admirable, increíble [sic] en ciertas jóvenes que la tenían menos gruesa que la cara contrastando con las formas inmediatamente inferiores” (1899: 8); y Lucio López dice de la mujer suiza de campo: “es generalmente dura y enhiesta; ni un contorno flexible, ni una

mirada dulce y soñadora [...]; se mueve como un maniquí en la rueda de su danza favorita” (1915: 225). Es difícil no detectar la severidad de los juicios y la importancia que se concede a la belleza y a aquello que se considera como “femenino”, y es que la invisibilidad de la mujer es inversamente proporcional, nos dice Diana Ponterotto, a la observación y atención desmesurada de su apariencia física “de su cuerpo como objeto material, para ser observado, juzgado, valorado, apreciado, rechazado, modificado” (Ponterotto, 2016: 134). En este sentido, su invisibilidad como actor social va aparejada con su absoluta visibilidad como objeto clasificable y en el caso de la experiencia masculina del viaje, el género femenino de una nación se clasifica en términos de qué tanto es deseable.

La comparación con la propia nación, un acto inevitable

En 1927 el pintor Everett Gee Jackson y su esposa Eileen regresan a Laredo, Texas, después de un extendido viaje y estancia en México, y el retorno a su país de origen despierta las siguientes líneas:

The instant we entered the streets of Laredo, in the United States, we saw that everything was clean and orderly. The dirt, so much in evidence in Mexico, was here covered with cement pavement. The sidewalks did not have any holes into which one could easily fall and break his neck. Everything was the way we knew any sane and healthy person would prefer to be. [...] Clearly, we were now in a world where common sense, cleanliness, efficiency, and impeccable order reigned supreme. We had come back to a land where all inconveniences had been eliminated (1987: 4).⁸

Podemos pensar que, en realidad, todo relato de viaje es de alguna manera un relato de la comparación, pues en la descripción de lo particular de otra nación late la noción de la propia. Hay ocasiones, sin embargo, en que la comparación se hace de manera explícita en el texto y se trata de un movimiento pen-

⁸ Quisiera señalar, en descargo de Gee Jackson, que más adelante señala que, a pesar de todo, habían quedado embrujados por México y lo único que querían era regresar.

dular entre dos culturas, dos paisajes, dos maneras de ser. Habíamos mencionado unas páginas atrás que mientras la experiencia de nación es, como señala Archilés, un proceso no consciente, la experiencia de otra nación es una vivencia sumamente consciente; pero quisiera agregar que la experiencia de un país distinto sirve para iluminar los aspectos previamente irreflexivos de la experiencia de la nación al volverlos visibles, pues lo que antes se vivía como normal o natural, se revela como particular y específico. Por ello conocer otras naciones significa también conocer un poco más la propia.

También, conocer los textos de viaje nos permite conocer un poco más sobre la nación de origen del autor (o lo que es lo mismo, la idea que se tiene de ella). La inglesa Isabella Frances Romer (1798-1852), en la Francia de 1842, alaba que en su país “todas las clases sociales” están imbuidas de un “sentimiento de la belleza rural” y embellecen con sentido de lo pintoresco su entorno, en cambio en Francia “uno busca en vano algo parecido” (*apud* Robinson, 1994: 26). Por su parte el poeta mexicano Amado Nervo, en París en 1900, alaba cómo los parisinos danzan, gritan y se cortejan en un *bullier* (salón de baile) sin la presencia de *ni un* gendarme “—oídllo, compatriotas míos—, no riñen jamás” y agrega: “Traslada el espectáculo a México, y contad, si os place, las cuchilladas” (1967b: 1446).

A modo de conclusión

Las personas viven de manera cotidiana —y prácticamente sin darse cuenta— su propia nación: en sus calles, sus sonidos, sus paisajes, sus alimentos, sus interacciones... Se trata de un fenómeno bastante más complejo que el concepto de nacionalismo. Ahora, ¿qué sucede cuando los individuos se encuentran en un país diferente al suyo? Lo que este artículo de carácter exploratorio propone es que *experimentan* otra nación: en sus calles, sus sonidos, sus paisajes, sus alimentos, sus interacciones... En este caso se trata de una búsqueda consciente, pues aquel que viaja a otras tierras está tras la caza de lo diferente, de lo auténtico. Las “experiencias de otra nación” no son vivencias totalmente individuales, únicas y subjetivas sino son más bien interpre-

taciones que tienen hilos compartidos y que al ser estudiadas nos permiten acercarnos a cómo los individuos de una colectividad determinada imaginan, viven y conciben el mundo y cómo se colocan en él. El país de origen, la clase social a la que se pertenece, así como la identidad de género o la étnica dan contenido a las expectativas y a las apreciaciones, y resulta claro que, al tratarse de una experiencia humana, a un lado de las ideas políticas palpitan las emociones, junto a las concepciones geopolíticas, respiran las sensaciones.

Los gobiernos y la industria turística producen discursos, publicidad e imágenes de aquello que desean presentar como propio de su nación, pero lo cierto es que los viajeros extranjeros son observadores privilegiados que pueden saltarse las vallas de lo predeterminado por estos emisores de sentido e identificar por sí mismos características y comportamientos, así como tener su muy propia y personal experiencia (interpretación) del país que visitan.

Para la disciplina histórica, una categoría tiene poco de existencia si no hay manera de investigarla, de verla en algún rastro del pasado, y es por esa razón que propongo como fuente los relatos de viaje: un género huido para una categoría huidiza. Son narraciones idóneas para encontrar y analizar esta experiencia pues se trata de un género que está asentado en el testimonio y que tiene como razón de ser, justamente, describir la experiencia del autor en el extranjero, narrar al yo en otro lugar. El hecho de que esté destinado a un público de la misma nacionalidad lo vuelve una especie de documento de traducción cultural: cómo *nosotros* (mexicanos, nigerianos, italianos) experimentamos *este otro país* (España, Finlandia, Estados Unidos). En consecuencia, permite identificar guiños culturales, concepciones de identidad y comparaciones pendulares sumamente ricas. Si bien este es un trabajo teórico metodológico de carácter exploratorio, al final se ofreció una propuesta de análisis utilizando extractos de relatos de viaje producidos a lo largo de 200 años, de inicios del siglo XIX a inicios del XXI. Bajo la idea de que en la literatura de viajes, en ese amplio universo textual, se suelen repetir ciertos tópicos en los que se manifiesta de manera particularmente clara la “experiencia de otra nación”, se utilizó esta especie de *lugares comunes* como guía, y a manera de ilustración: las expectativas, el primer contacto, la experiencia

urbana, el paisaje y el clima, las anécdotas de la diferencia, la mirada masculina y la comparación. Sin embargo, lo cierto es que existen más tópicos, más viajes y, también, más fuentes o puertas de acceso para cruzar, como podrían ser, por qué no, los álbumes de fotos.⁹

Para cerrar el recorrido de estas páginas qué mejor que las palabras de Álvaro de Campos (Fernando Pessoa) sobre la experiencia del viaje, que no solo se estudia, sino que también se experimenta:

¡Ah, los primeros minutos en los cafés de nuevas ciudades!
¡La llegada matinal a muelles o a estaciones
llenos de un silencio reposado y claro!
Los primeros paseantes en las calles de las ciudades a las que llegamos...
Y el sonido especial que el correr de las horas tiene siempre en viaje...
Los omnibuses o los tranvías o los automóviles...
El nuevo aspecto de las calles de nuevas tierras...
¡La paz que parecen tener para nuestro dolor,
el bullicio alegre para nuestra tristeza,
la falta de monotonía para nuestro corazón cansado!...
[...]

(2015: 65)

⁹ Junto con Itzel Rodríguez Mortellaro hemos explorado esta posibilidad en “Un álbum de fotos de dos viajeras norteamericanas: experiencia personal y apropiación de la puesta en escena nacionalista”, capítulo de un libro colectivo coordinado por Alicia Azuela y de próxima aparición

Bibliografía

- Ankersmit, Frank, 2010. *La experiencia histórica sublime*. México: Universidad Iberoamericana.
- Antonsich, Marco y Michael Skey, 2017. *Everyday Nationalism. Theorising Culture, Identity and Belonging after Banal Nationalism*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Archilés, Ferran, 2013. “Lenguajes de nación. Las ‘experiencias de nación’ y los procesos de nacionalización: propuestas para un debate”. *Ayer*, 90: 91-114.
- Beals, Carleton, 1927. *Brimstone and Chili: A Book of Personal Experiences in the Southwest and in Mexico*, New York: Knopf.
- Billig, Michael, 1995. *Banal Nationalism*. Londres: Sage.
- Boia, Lucian, 2005. *The Weather in the Imagination*. Londres: Reaktion Books.
- Buzard, James, 1993. *The Beaten Track. European Tourism, Literature and the Ways of Culture, 1800-1918*. Oxford: Clarendon Press.
- Campos, Álvaro de/Fernando Pessoa, 2015. “Ah, los primeros minutos en los cafés...”. En Fernando Pessoa, *Un disfraz equivocado*. Madrid: Nórdica Libros.
- Cané, Miguel, 1996. *En viaje*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- Clark, Steve, ed., 1999. *Travel Writing and Empire: Postcolonial Theory in Transit*. Londres: Zed Books.
- Clarke, Simon, 2008. “Culture and Identity”. En Tony Bennett y John Frow (eds.), *The SAGE Handbook of Cultural Analysis*. Londres: Sage Publications: 510- 529.
- Craik, Jennifer, 2000. “The Culture of Tourism”. En Chris Rojek y John Urry (eds.), *Touring Cultures. Transformations of Travel and Theory*. Londres: Routledge: 113-136.
- Cresswell, Tim, 2006. *On the Move. Mobility in the Modern Western World*. Nueva York: Routledge.
- _____, 2004. *Place: A Short Introduction*. Londres: Wiley.
- Culler, Jonathan, 1991. “Semiotics of Tourism”. *American Journal of Semiotics*, 1, (1) (ene. 1981): 127-140.

- Chiaramonte, José Carlos, 2004. *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de las independencias*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Domanska, Ewa, 2009. "Frank Ankersmit: From Narrative to Experience". *Rethinking History*, 13, (2) (jun. 2009): 175-191.
- Edensor, Tim y Sumartojo, Shanti, 2018. "Geographies of Everyday Nationhood: Experiencing Multiculturalism in Melbourne". *Nations and Nationalism*, 24, (3) (2018): 553-578.
- Edwards, Amelia, 1890. *A Thousand Miles Up the Nile*. (segunda edición) Londres: Routledge & Sons.
- Eiranen, Reetta; Hatavara, Mari; Kivimäki, Ville; Mäkäela, Maria y Toivo, Raisa Maria, 2022. "Narrative and Experience: Interdisciplinary Methodologies between History and Narratology". *Scandinavian Journal of History*, 47, (1) (2022): 1-15.
- Enzenberger, Hans Magnus, 2014. *Tumulto*. Barcelona: Mal Paso.
- Escobar, Tatiana, 2002. *Sin domicilio fijo. Sobre viajes, viajeros y sus libros*. México: Paidós.
- Ette, Ottmar, 2001. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*. México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- Galindo y Villa, Jesús, 1894. *Recuerdos de ultramar. Apuntes de viaje*. 2a. ed. México: Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento.
- Gallegos, Eduardo, 2021. "Amazonas sin sombrero: el ego fálico (pos) colonial y la objetivación de la mujer en relatos de viajeros europeos en el Chile decimonónico". *Taller de letras*, 69 (2021): 6-29.
- García Millé, Leonor, 2017. "Europa desde Hispanoamérica: los relatos de viaje de 1880 a 1914." Tesis doctoral. México. Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____, 2023. "Viajeros estadounidenses en el México pos-revolucionario: el sueño mexicano (1918-1927)". En Leonardo Lomelí Vane-gas y Ricardo Gamboa Ramírez (coords.), *Estado, economía y sociedad en el México posrevolucionario*, México: Grano de Sal – UNAM: 409-430.
- Gee Jackson, Everet, 1987. *It's a Long Road to Comondú. Mexican Adventures since 1928*. Texas: Texas A&M University Press.
- Glantz, Margo, Fotografías de Alina López Cámara, 2012. *Coronada de*

moscas. México: Sexto Piso-UNAM.

Jay, Martin, 2005. *Songs of Experience: Modern American and European Variations on a Universal Theme*. Los Angeles: University of California Press.

Kaplan, Robert D., 2016. *A la sombra de Europa. Rumanía y el futuro del continente*. Barcelona: El Hombre del Tres.

Kivimäki, Ville; Suodenjoki, Sami y Vahtikari, Tanja, eds., 2021. *Lived Nation as the History of Experiences and Emotions in Finland (1800-2000)*. Londres: Palgrave.

Leersen, Joep, 2007. "Imagology: History and Method". Manfred Beller y Joep Leersen (eds.). *Imagology. The Cultural Construction and Literary Representation of National Characters. A Critical Survey*. Amsterdam: Editions Rodopi: 17-32.

Lejeune, Philippe, 1994. *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.

López, Lucio V., 1915. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: La Cultura Argentina.

MacCannell, Dean, 1999. *The Tourist. A New Theory of the Leisure Class*. 3a. ed. Los Angeles: University of California Press.

Madueño Palma, Eugenio y Rovira Jarque, Bru, 1997. *35 días en China. El despertar del dragón*. Barcelona: Ediciones Península.

Martínez, Miriam Mabel, 2005. *Cómo destruir Nueva York*. México: CONACULTA.

Merriman, Peter y Rhys Jones, 2017. "Nations, materialities and affects". *Progress in Human Geography*, 4, (5): 600-617.

Moreno Almendral, Raúl, 2018. "Reconstructing the History of Nationalist Cognition and Everyday Nationhood from Personal Accounts". *Nations and Nationalism*, 24, (3) (2018): 648-688.

Neatby, Nicole, 2018. *From Old Quebec to La Belle Province. Tourism Promotion, Travel Writing, and National Identities, 1920-1967*. Montreal: McGill-Queen's University Press.

Nervo, Amado, 1967a. *Crónicas de viaje*. En *Obras completas. Tomo I. Prosas*, Madrid: Aguilar: 1377-1424.

_____, 1967b. *El éxodo y las flores del camino*. En *Obras completas. Tomo I. Prosas*, Madrid: Aguilar: 1425-1481.

Passolini, Pier Paolo, 2006. *El olor de la India. Con una entrevista de Renzo*

- Paris a Alberto Moravia. Barcelona: Ediciones Península.
- Pla Cárcels, José, 2021. *Así fue mi Londres*. Sevilla: Editorial Renacimiento.
- Pratt, Mary Louise, 2010. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transcul-turación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ponterotto, Diana, 2016. "Resisting the Male Gaze: Feminist Responses to the 'Normalization' of the Female Body in Western Culture". En *Journal of International Women's Studies*, 17, (1): 133-151.
- Porter, Dennis, 1991. *Haunted Journeys. Desire and Transgression in Euro-pean Travel Writing*. Princeton: Princeton University Press.
- Reverte, Javier, 2016. *New York, New York....* Barcelona: Penguin Random House.
- Robinson, Ione, 1946. *A Wall to Paint on*. Estados Unidos: E. P. Dutton and Company Inc.
- Robinson, Jane, 1994. *Unsuitable for Ladies. An Anthology of Women Trav-ellers*. London: Oxford University Press.
- Rojek, Chris y John Urry, 2000. "Transformations of Travel and Theory". En Chris Rojek y John Urry (eds.), *Touring Cultures. Transformations of Travel and Theory*, Londres: Routledge: 1-19.
- Sand, George, 2024. *Un invierno en Mallorca*. S.l.: E-Bookarama Editions.
- Scott, Joan W., 1991. "The Evidence of Experience". *Critical Inquiry*, 17 (verano 1991): 773- 797.
- Shelley, Mary Wollstonecraft, 2020. *Crónicas de un viaje de seis semanas. A través de Francia, Suiza, Alemania y Holanda*. Barcelona: Jus.
- Smith, Sidonie y Watson, Julia, 2010. *Reading Autobiography: A Guide for Interpreting Life Narratives*. Minnesota: University of Minnesota Press.
- Theroux, Paul, 1992. *Mi historia secreta*. Madrid: Tusquets Editores.
- Thompson, E. P., 1989. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Bar-celona: Crítica.
- Ugarte, Manuel, s.f. *Visiones de España (Apuntes de un viajero argentino)*. Valencia: Prometeo.
- Urry, John, 1995. *Consuming Places*. Londres: Routledge.
- _____, 2002. *The Tourist Gaze. Leisure and Travel in Con-temporary Societies*, 2a. ed. Londres: Sage.
- Van Ginderachter, Maarten, 2012. "From Below: Some Historiographic

Notes on Great Britain, France and Germany in the Long Nineteenth Century”. En Maarten Van Ginderachter y Marnix Beyen (eds.), *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 120-136.

Vicuña Mackenna, Benjamín, 1936. *Páginas de mi diario durante tres años de viaje, 1853-1854-1855*. Tomo I. Santiago de Chile, Universidad de Chile.

Wilde, Eduardo, 1899. *Por mares i por tierras*. Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser.

Wodack, Ruth; de Cillia, Rudolf; Reisigl, Martin y Liebhart, Karen, 2009. *The Discursive Construction of National Identity*. 2a ed. Edimburgo: Edinburgh University Press.